



La Santa Sede

VIGILIA PASCUAL

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Sábado Santo, 18 de abril de 1981

1. "¿Buscáis a Jesús el crucificado?" (*Mt 28, 5*).

Es la pregunta que oirán las mujeres cuando, "al alborar el primer día de la semana" (*ib.*, 28, 1), lleguen al sepulcro.

¡Crucificado!

Antes del sábado fue condenado a muerte y expiró en la cruz clamando: "Padre, en tus manos entrego mi espíritu" (*Lc 23, 46*).

Colocaron, pues, a Jesús en un sepulcro, en el que nadie había sido enterrado todavía, en un sepulcro prestado por un amigo, y se alejaron. Se alejaron todos, con prisa, para cumplir la norma de la ley religiosa. Efectivamente, debían comenzar la fiesta, la Pascua de los judíos, el recuerdo del éxodo de la esclavitud de Egipto: *la noche antes del sábado*.

Luego, pasó el sábado pascual y comenzó la *segunda noche*.

2. Y he aquí que hemos venido todos a este templo, igual que tantos hermanos y hermanas nuestros en la fe, a los diversos templos en todo el globo terrestre, para que *descienda* a nuestras almas y a nuestros corazones la noche santa: *la noche después del sábado*.

Os encontráis. aquí, hijos e hijas de la Iglesia que está en Roma, hijos e hijas de la Iglesia extendida por los diversos países y continentes, huéspedes y peregrinos. Juntos hemos vivido el Viernes Santo: el *vía crucis* entre los restos del Coliseo —y la adoración de la cruz hasta el

momento en que una gran piedra fue puesta a la puerta del sepulcro— y en ella fue colocado un sello.

¿Por qué habéis venido ahora?

¿Buscáis a Jesús el crucificado?

Sí. *Buscamos a Jesús crucificado*. Lo buscamos esta noche después del sábado, que precedió a la llegada de las mujeres al sepulcro, cuando ellas con gran estupor vieron y oyeron: "No está aquí..." (Mt 28, 6).

Hemos venido, pues, aquí, pronto, ya entrada la noche, *para velar junto a su tumba*. Para celebrar la Vigilia pascual.

Y proclamamos nuestra alabanza a esta noche maravillosa, pronunciando con los labios del diácono el "*Exsultet*" de la Vigilia. Y escuchamos las lecturas sagradas que comparan a esta noche única con el *día de la Creación*, y sobre todo, con la *noche del éxodo*, durante la cual, la sangre del cordero salvó a los hijos primogénitos de Israel de la muerte y los hizo salir de la esclavitud de Egipto. Y, luego, en el momento en que se renovaba la amenaza, el Señor los condujo por medio del mar a pie enjuto.

Velamos, pues, en esta noche única junto a la tumba sellada de Jesús de Nazaret, conscientes de que todo lo que ha sido anunciado por la Palabra de Dios en el curso de las generaciones se cumplirá esta noche, y que *la obra de la redención* del hombre llegará esta noche *a su cénit*.

Velamos, pues, y, aun cuando la noche es profunda y el sepulcro está sellado, confesamos que ya se ha encendido en ella la luz y avanza a través de las tinieblas de la noche y de la oscuridad de la muerte. Es la luz de Cristo: *Lumen Christi*.

3. Hemos venido para sumergirnos en su muerte; tanto nosotros que, hace tiempo, hemos recibido ya el bautismo, que sumerge en Cristo, como también los que recibirán *el bautismo esta noche*.

Son nuestros nuevos hermanos y hermanas en la fe; hasta ahora eran catecúmenos, y esta noche podemos saludarlos en la comunidad de la Iglesia de Cristo, que es: una, santa, católica y apostólica. Son nuestros nuevos hermanos y hermanas en la fe y en la comunidad de la Iglesia, y provienen de diversos países y continentes: Corea, Japón, Italia, Nigeria, Holanda, Ruanda, Senegal y Togo.

Los saludamos cordialmente y proclamamos con alegría el "*Exsultet*" en honor de la *Iglesia*, *nuestra Madre*, que los ve reunidos aquí en la plena luz de Cristo: *Lumen Christi*.

Y juntamente con ellos proclamamos la alabanza del *agua bautismal*, a la cual, por obra de la muerte de Cristo, descendió la potencia del Espíritu Santo: la potencia de la vida nueva que salta hasta la eternidad, hasta la vida eterna (cf. *Jn* 4, 14).

4. Así, todavía antes de que despunte el alba y las mujeres lleguen a la tumba de Jerusalén, hemos venido aquí para buscar a Jesús crucificado, porque:

"Nuestro *hombre viejo* ha sido *crucificado con El*, para que... no seamos más esclavos del pecado..." (*Rom* 6, 6), porque nosotros nos consideramos "*muertos* al pecado y *vivos* para Dios en Cristo Jesús" (*ib.*, 6, 11); efectivamente: "Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; y su vivir es un vivir para Dios" (*ib.*, 6, 10);

porque: "Por el bautismo fuimos *sepultados* con El en la muerte, para que, así como Cristo fue despertado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros *andemos en una vida nueva*" (*ib.*, 6, 4);

porque: "Si nuestra existencia está unida a El en una muerte como la suya, lo estará también en una resurrección como la suya" (*ib.*, 6, 5);

porque creemos que "si hemos muerto con Cristo..., también viviremos con El" (*ib.*, 6, 8);

y porque creemos que "Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre El" (*ib.*, 6, 9).

5. Precisamente por esto estamos aquí.

Por esto velamos junto a su tumba.

Vela la Iglesia. Y vela el mundo.

La hora de la victoria de Cristo sobre la muerte es la *hora más grande* de su historia.